



José Antonio Figueroa Pérez,
**Del nacionalismo al exilio interior:
el contraste entre la experiencia
modernista en Cataluña y
los Andes americanos,**
Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2001.

La diferencia como desigualdad

Sin apelaciones altisonantes al lugar común que hoy constituyen la trans e interdisciplina, el texto de Figueroa sorprende por la articulación de referencias y textualidades provenientes de diversos campos académicos: lo económico, lo histórico, lo político y lo cultural se conjugan mutuamente en el esfuerzo por dar razón de cómo el imaginario universalista se produjo en el caso de la modernidad catalana, permitiendo a los sectores subordinados un espacio de realización parcial pero efectiva; ello, en contraste con el caso de Los Andes en Colombia y Ecuador, donde tal modernidad resultó inefectiva y excluyente.

En tiempos de languidez académica, donde las teorías débiles se imponen y las cortesías académicas impiden la sana confrontación y el diálogo sin concesiones, resulta por demás saludable la decisión del autor de sostener tesis polémicas, y hacerlo con definida frontalidad. Diríamos que lo más decisivo consiste en sostener que las políticas de las di-

ferencias, en realidad lo han sido (y lo son) de promoción de la desigualdad. En tiempos en que el elogio de la diferencia es parte de lo ya establecido, y en los cuales el indigenismo ha adquirido enorme peso -especialmente en Ecuador-, tal tesis resulta inevitablemente polémica, y confronta con los sentidos ya sedimentados en la discusión pública, y por cierto en la de las ciencias sociales.

Figueroa muestra -apoyándose en múltiples casos-, que la diferencia indígena en Los Andes ha constituido una manera de impedir a los que se asume como diferentes cualquier posibilidad de acceso a la igualdad de derechos y oportunidades. De modo que diferenciar sería muy cercano a folklorizar; y la folklorización lleva -nos plantea el autor, aunque la expresión sea nuestra- a que aquellos que son nominados como distintos aparezcan como no pasibles de los derechos que se adscribe a quienes se plantea como sujetos plenos de ciudadanía.

Es cierto que un dato puede interpretarse de maneras diferentes (incluso en ciencias físico-naturales, y obviamente más en ciencias sociales). De tal modo, podría argumentarse que los casos ofrecidos por Figueroa no son todos los posibles -nunca podrían serlo, por supuesto-, y también que la interpretación de los que presenta podría ser otra. Pero sin dudas la propuesta del autor se hace convincente cuando sigue muy detalladamente una serie de casos históricos, como también algunas narrativas literarias y filosóficas propias de Cataluña, y de los dos -por cierto que diferenciados- casos de Los Andes bajo análisis. Un fuerte mérito de dicho texto es su minuciosidad en el seguimiento "a la letra" de filósofos catalanes como Balmes, o de informes como el presentado por el literato Jorge Isaacs. La lectura que se hace por Figueroa es atenta a los meandros y matices, de modo que puede seguirse con singular detalle la manera en que autores conservadores, católicos y liberales plantearon la modernidad en aquel espacio de España, y contrastarlo con el discurso de las elites criollas de Los Andes, y el evidente desinterés de éstas por el universalismo incluyente.

También es de destacar que se haya estu-

diado a fondo a autores católicos y conservadores, muy ajenos por sus posiciones a los sociolectos propios de los intelectuales contemporáneos. Bourdieu destacó alguna vez cómo los científicos sociales tendemos a preferir las temáticas en las que nos identificamos, y dejamos de lado aquellas que nos son más lejanas. De tal modo, acabamos ignorando casi todo sobre quienes ideológicamente nos son diversos y –por cierto– de quienes nos resultan antagónicos. El resultado –en tales casos– no puede dejar de resultar altamente deficitario. En cambio, Figueroa asume la paciencia de seguir detalladamente a autores ubicados en un catolicismo cuya versión hoy sería en gran medida obsoleta. Y vale la pena subrayar que el catolicismo (y el cristianismo en general, actualmente) resulta un factor constitutivo central de la cultura latinoamericana, cualquiera fuera nuestra opinión al respecto; lo cual nos exigiría atenderlo con mucha mayor precisión y respeto intelectual.

Entiendo plenamente compartible un supuesto central del texto: la primacía de lo político respecto de lo cultural. Asumiendo que sin dudas existe una dialéctica de mutua constitución entre ambos, creo saludable no asumir a la cultura como una especie de “destino preconstituido” al cual cabría rendirse, sino más bien como un espacio relativamente maleable sobre el cual la política debe actuar, como voluntad abierta de cambio y de construcción activa.

Sin embargo, en este mismo punto cabe un matiz respecto de la posición de Figueroa. En su caso, la comparación de Los Andes con Cataluña se sostiene en la idea de que la diferencia indígena ha sido por completo construida por el discurso de las elites, con la finalidad de sostener la exclusión. En contraste, el éxito inclusivo de las elites catalanas habría radicado en su decisión discursiva de inclusión, que convirtió a los subalternos en objetos de atención y sujetos de derecho.

Nos parece que el contraste entre ambos casos requeriría admitir que no han partido de *condiciones iniciales* mutuamente equivalentes. Es nuestra impresión que la diferencia indígena responde a una condición histórico-cultu-

ral más distante de la condición iluminista de universalismo que la de los obreros catalanes, y que de tal modo la inclusión en los casos de Los Andes –aún en la mejor de las opciones– hubiera resultado más problemática.

Ello no obsta para que la crítica de Figueroa al particularismo indigenista resulte contundente. Las políticas de la diferencia pueden servir para promover a una minoría por sobre las otras, y para que el poder establezca el “divide y triunfarás”. Si la diferencia es incapaz de articular sus especificidades en alguna forma de universalismo, resulta en la exclusión de otras diferencias, cuando no en la asunción implícita de la desigualdad como si fuese natural o respondiese a un destino.

Lo que resulta más discutible es si todas las diferencias son un efecto discursivo promovido desde los sectores sociales dominantes, o si en cambio al menos algunas de éstas devienen de alguna condición histórica específica (según ya señalamos), o fueron promovidas desde los sectores populares mismos en su búsqueda de reivindicación. Podría argumentarse que no siempre y necesariamente la diferencia ha resultado en políticas particularistas, y que podría pensarse en alguna universalidad como rearticulación de diferencias.

La apelación por Figueroa a autores poscoloniales y algunos de *estudios culturales* también motiva algún interrogante, en cuanto estos –con muy fuertes distancias mutuas– en ningún caso están a favor del nacionalismo, cuya modalidad incluyente es sostenida por el autor como ejercicio de universalidad política.

Pero es allí precisamente donde reside la evidente riqueza del texto: en su capacidad de interpelación y de contrastación de posiciones. Cuando los fáciles consensos llaman a forzadas unanimidades en que se solaza la nimiedad académica, la voz de Figueroa resuena sanamente clara. Y llama a cuidar de la creencia según la cual toda política de la diferencia está a favor de los que son definidos como diferentes. Lo cual constituye sin dudas un reto singular para estos tiempos de posmodernismo *en acto*.

Roberto Follari